

Arrestados generales Leal y Menéndez A Guglielmelli se le ordena callarse

por Gregorio SELSER

Entre las particularidades que ofrece el irresuelto problema de límites en la zona del canal de Beagle, la más llamativa es la de que el pueblo argentino está totalmente ignorante de qué es lo que están resolviendo a sus espaldas los militares. Llevando esta reflexión a sus últimas consecuencias, no es sólo hipótesis suponer que en el caso de que la Argentina no aceptara la fórmula propuesta por el papa Juan Pablo II y pretendiera llevar a las vías de hecho (como pretendió hacerlo en diciembre de 1978 el general Luciano Benjamín Menéndez), la solución definitiva más acorde con sus puntos de vista, decenas de millares de jóvenes morirán en defensa de algo de lo cual no tienen la más mínima idea.

Ello no impide que si existen algunos centenares de militares y civiles que quizás sepan algo, y que algunas decenas lo sepan todo. El silencio y el secreto, más el sigilo que rodean a las negociaciones, las ha convertido en asunto de expertos de las cancillerías argentina y chilena, y de gente que de modo alguno puede ser experta en temas de derecho internacional, historia de relaciones diplomáticas trasandinas o problemas de geoestrategia sudamericana, como obviamente no podrían serlo el papa Juan Pablo II y los cardenales y obispos ahora dedicados a resolver el intríngulis que en nombre de la paz les enjaretaron los regímenes militares de Buenos Aires y Santiago.

CHAPUCERIA E IMPROVISACION

Como lo indicamos en nuestra crónica anterior, el escritor Jorge Luis Borges se tomó la libertad de recomendar a los militares argentinos que acepten la solución que, eso sí se sabe, ya propuso el Vaticano, pero que tiene el defecto de que favorece a Chile. Y en esta ocasión rechazar el fallo implicaría contumacia, con la agravante de que no hay reina Isabel II ni jueces que por ser ingleses tienden a perjudicar a la Argentina. La partida la jugaron los diplomáticos y "expertos" de ambos países en litigio, más los designados por el árbitro aceptado en acuerdo de las partes.

Hay miembros de las fuerzas armadas argentinas que quieren la guerra o amenazan con emprenderla. El almirante Francisco I. Rojas no lo disimula. El ex dictador Roberto M. Levingston también apretaría botones, según los párrafos que transcribimos ayer. Otro general de la camada iracunda, Juan Antonio Buasso, a quien recordamos, como cursillista y más católico que el mismo Papa en tiempos que fue estrecho colaborador del dictador Juan Carlos Onganía, acaba de calificar a la política internacional chilena como de "agresión permanente", que "con objetivos perfectamente detectables, es llevada a cabo, sea cual fuere su gobierno, civil, militar, autocrático, marxista o democrático". Y el energúmeno general Menéndez acaba de expresar que al pueblo chileno "no se lo puede convencer con razonamientos sino que hay que tratarlo con hechos consumados e irreversibles". También este santo varón es de comunión diaria y se dice cristiano.

Borges observó que si un país o un gobierno deciden una guerra, sería muy raro que no encontrara razones para lanzarla "Además —dijo— esas razones no son discutidas sino que son impuestas y el que las niega es un traidor a la patria". Pero llegó al meollo del problema: "Si recurrimos a un juez (el Papa) debemos acatar la decisión de ese juez. En este país, con un gobierno que se define católico y que jura por los Santos Evangelios, y que cuando se dirige al Papa lo hace con el adjetivo Su Santidad, yo no entiendo cómo rechazaban su decisión. El Papa para los católicos es infalible y es Su Santidad; por consiguiente, se debe aceptar lo que él dictamine sin ponerlo en tela de juicio y, menos aún, sin discutirlo".

Pero Borges quizás ignore que lo último que desearían las fuerzas armadas argentinas de hoy es que se las recuerde como perdiendo la batalla del Beagle sin disparar un tiro. Si pudieran, le echarían la culpa a los civiles, conocida como es la chapuceria profesional y la improvisación que de lejos caracterizan a la política exterior argentina. Pero no pueden, porque la historia está otra vez en su contra. En 1971, el Convenio Arbitral por el cual Argentina y Chile pusieron en manos de la reina Isabel II de Inglaterra el litigio en cuestión, lo firmó un militar, el dictador Alejandro A. Lanusse, y sus camaradas de las tres fuerzas no dijeron ni pío. Y en 1978/1979, fueron las tres fuerzas armadas en ejercicio total e irrestricto del poder, las que depositaron en manos de Juan Pablo II lo que antes se puso en manos de una inglesa.

GUGLIALMELLI Y LEAL

El general Juan Enrique Guglielmelli es, quizás, uno de los pocos militares que responden a la de por sí muy escasa tradición de militares nacionalistas en la línea de los generales Enrique Mosconi y Manuel N. Savio. Además, no sólo lee libros, lo cual siempre le hizo sospechoso entre sus pares, sino que edita desde 1969 la muy recomendable publicación *Estrategia*, que no obstante las discrepancias que puedan suscitar algunos de sus artículos, es un modelo de amplitud, tolerancia y calidad. A Guglielmelli no se le puede tildar de marxista ni de prochileno. Fue comandante del V Cuerpo de Ejército y nunca hubo en su conducta y en sus publicaciones otra cosa que un sincero amor por su patria. Pues bien, el comando del Ejército acaba de citar a ese militar pundonoroso, para notificarle la prohibición de publicar "interpretaciones personales" sobre el conflicto del Beagle. Es una primera advertencia, porque si no cumple, le pasara lo que a Menéndez, a quien acaban de imponerle otros 20 días de arresto, o a Leal, a quien le impusieron 15, aunque por distinto motivo: se pronunció por la paz.

El general Jorge Leal comandó en 1965 la

primera expedición terrestre al Polo Sur, y está considerado como un héroe nacional. Su única batalla resonante en la que triunfó junto con sus compañeros, fue pacífica. Su patrulla alcanzó el Polo. No mató a nadie. No se ensangrentó ni se ensañó sobre cadáveres de sus compatriotas o del extranjero. Conoce, como pocos, el sur patagónico, y claro está, la Antártida. Sabe de lo que habla, porque además estuvo al frente durante años, de la Dirección Nacional de la Antártida. Ahora Leal, a sus casi 60 años de edad, está preso en el Regimiento 5 de Infantería, con asiento en la ciudad de La Plata.

"POLITICA DE LOS IMPERIALISTAS"

El general Leal aceptó una entrevista exclusiva del periódico pinochetista *El Mercurio*, de Santiago (publicada el 5 de abril), lo cual para los militares argentinos no es un pecado en sí, porque muchos de ellos también aceptaron ser entrevistados. Lo pecaminoso fue lo que manifestó:

"1) Mientras más dialoguemos chilenos y argentinos, más pronto llegaremos a un entendimiento mutuo.

"2) El conflicto entre Chile y la Argentina sólo serviría a los intereses foráneos que nos dividieron hace más de 150 años.

"3) Dividir para reinar es una vieja fórmula que sigue dando buenos resultados, aunque sus frutos, lógicamente, vayan en deterioro de quienes sufren la división.

"4) No puede haber nada más honorable, para dos países que se dicen cristianos, que prestar atención a las exhortaciones de la autoridad moral más grande del mundo, como lo es Juan Pablo II.

"5) Chilenos y argentinos debemos estar convencidos de que el día en que nos animemos a ser hispanoamericanos, habrán desaparecido los problemas que artificialmente nos separan

"6) La Comunidad Económica Europea es un ejemplo de cómo deben obviarse cuestiones tan importantes como raza, idioma, religión, historia y guerras.

"7) Detrás de cada conflicto entre países latinoamericanos está la política de los imperialistas, que consiste en mantenerlos divididos y recelosos a cualquier precio, desbaratando toda política de integración real y efectiva.

"8) Para llevar adelante esta política, se nos induce al juego de la gran potencia. De este modo las cancillerías de los países latinoamericanos, naciones todas débiles y explotadas, acosadas por sus deudas externas que crecen año tras año, con un deterioro crónico de los precios de las materias primas, chantajeadas permanentemente por la amenaza del *dumping* imperialista por un lado y de la subversión por el otro, actúan entre sí como si fueran potencias mundiales.

"9) Deseo que los tres mil kilómetros de fronteras que nos unen se complementen en forma absoluta y que los tres mil prejuicios que nos separan, desaparezcan."

LOS OBISPOS REZAN

A diferencia de la mayor parte de los militares argentinos a los que en general se les permite hacer declaraciones siempre que coincidan con la línea oficial, Leal se expidió por una solución pacífica del litigio por el Beagle, solución que a menos que se encuentre alguna salida que deje a salvo el prestigio del régimen no puede ser otra que aceptar el fallo del Papa.

Pero como este fallo, por lo que se sabe, objetivamente da por segunda vez en pocos años la razón a los puntos de vista de Chile, los militares argentinos continúan debatiéndose en una especie de callejón sin salida del que sólo podrían salir según la receta energúmena de Menéndez, con "hechos consumados e irreversibles", o sea provocando la guerra. Esa receta es compartida por un sector importante de las fuerzas armadas, pero a Menéndez se lo volvió a arrestar por decirlo de nuevo y en voz alta. Ante todo, se deben guardar las formas y respetar las jerarquías, ¿qué embromar!

Como por su parte las fuerzas armadas chilenas se sienten confiadas en el resultado del laudo papal, pueden permitirse cierta aparente ecuanimidad y ser mucho más discretos (con excepción del equivalente de Menéndez, el general Le May) en sus manifestaciones públicas. Pero no cabe equivocarse respecto de su disposición a la ferocidad belicista, como lo probaron hasta el hartazgo durante la genocida guerra del Pacífico contra bolivianos y peruanos, y en fechas más recientes contra su propio pueblo inerte y desvalido. El símbolo del "Corvo", el sable que causó estragos entre bolivianos y peruanos, fue exhumado por los oficiales —y sus esposas e hijos— en las semanas de noviembre y diciembre de 1978, cuando el ataque argentino se presentó como algo más que una simple bravata.

No es por pasar el rato que los obispos argentinos y chilenos vienen realizando misas y procesiones intermitentes por la paz entre ambos países. Su condición eclesial, por obvias razones, les hace estar mucho más enterados de los entretelones de la gestión vaticana, que el resto de los mortales. Si, además de los "expertos" de la cancillería y de los militares que están en el ajo, alguien está en condiciones de conocer de qué frágil hilo pende la paz, ese alguien es el sector episcopal. Pero es difícil que sus preces puedan influir sobre las decisiones castrenses, salvo que un milagro convenza a los jefes de que los estragos de una guerra —aunque pueda quizás resultar victoriosa— pesarán mucho más sobre el futuro nacional que los efectos de una decisión arbitral que ellos mismos solicitaron, equivocándose de nuevo en materia de política internacional.